

La querencia

(Entre arroyos y cuchillas)



Nicolás

Rapoport

C U A D E R N O S D E L A S O R I L L A S

LA QUERENCIA
(ENTRE ARROYOS Y CUCHILLAS)



Nicolás Rapoport.

»» EDUNER ««

RAPOPORT, NICOLÁS (1884-1961)

La querencia : entre arroyos y cuchillas / Nicolás Rapoport ;
coordinación general de Alexis Chausovsky ; prólogo de Leonardo Senkman. -
1.ª ed. - Paraná : Universidad Nacional de Entre Ríos, UNER, 2022
96 pp. ; 23 x 16 cm
(Cuadernos de las Orillas; 21)

ISBN: 978-950-698-513-4

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. 3. Memorias.
I. Chausovsky, Alexis, coord. II. Senkman, Leonardo, prolog. III. Título.
CDD A863

C U A D E R N O S D E L A S O R I L L A S

Presentación

Leonardo Senkman

Coordinación de la edición

Alexis Chausovsky

Coordinación de la colección

Guillermo Mondejar

Equipo editorial

Manuel Siri

Paola Calabretta

Martín Dalotto

Agradecemos a Gustavo Rapoport y familiares de Nicolás Rapoport
por colaborar con esta publicación.

© EDUNER, 2022

© Manuel Siri, ilustración de tapa: *Lechuza vizcachera*, 2022

© Anatole Saderman, fotografía del autor (p. 89)

EDUNER, Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos
Andrés Pazos 406 - E3100FHJ - Paraná, Entre Ríos, Argentina
eduner@uner.edu.ar - www.eduner.uner.edu.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler,
la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por
cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitaliza-
ción u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción
está penada por las leyes 11723 y 25446.

Editado e impreso en Argentina.

ÍNDICE

7 *Presentación.* Por Leonardo Senkman

LA QUERENCIA
(Entre arroyos y cuchillas)
Nicolás Rapoport

- 31 Prefacio
- 33 El sembrador
- 37 Noches entrerrianas
- 41 El loco Chala
- 46 Doña Segunda, la Helena de Los Naranjos
- 50 Justicia criolla
- 56 El soborno
- 61 Los trovadores
- 68 Mi perro
- 73 Una pesca en el Bergara
- 79 Carnaval de mi pueblo
- 85 El exilio

- 91 Breves apuntes biográficos
- 95 Principales obras del autor

NOCHES ENTRERRIANAS

Hay en las claras noches entrerrianas tanta diafanidad, transparencia cristalina; la luna brilla con tan intensa blancura que, colocándose en cuclillas, se ve lejos, muy lejos, y las distancias se acortan.

El bosque, enigmático, incomprensible, triste y callado, mancha oscura dentro de la claridad circundante, pone su nota de misterio, de recelo, y acude el miedo, el pavor que cuentos de bandidos y leyendas absurdas se apoderaron desde la cuna del alma infantil.

Los árboles proyectan largas sombras, y a su linde, bañados en luz blanca, se divisan los vacunos echados, como pequeños montículos; los caballos en la lejanía figuran líneas quebradas, y allá lejos, como un punto en movimiento, un perro cimarrón que galopa por la cuchilla en busca de la venteada osamenta.

Balidos, toses de ovejas, el cencerro de la yegua madrina, un quejido remoto de algún zorro famélico interrumpen el silencio, la quietud nocturna henchida de encantamientos.

Una estrella, como un fósforo que se encendiera en la oscuridad, describe fugaz trayectoria, y la imaginación toma vuelo y se pierde en lo ignoto.

¡Noches entrerrianas! Claras, limpias, acariciantes, llenan el alma de paz, ternura y poesía.

* * *

En la cocina de los peones circula el amargo. El cebador entrecierra los ojos, arañados por el doble picor del humo del fogón y de su cigarrillo.

El rezongo del mate y los salivazos que chirrían sobre las brasas son los únicos ruidos que se perciben. Cada cual con sus cosas deja vagar la mente; y ninguna idea aviesa, ningún mal pensamiento se gesta. La noche no lo permite. Hay paz en la tierra y en los corazones.

De pronto, rasga brutalmente el silencio augusto un rabioso chirrido de lechuza. Uno de los peones observa:

—Una comadreja que se le metió en la cueva.

—¿En la cueva de quién? —inquiero.

—De la lechuza, pues; ¿no oís el grito?

—¿Y cómo lo sabés vos?

—Y ansina, nomás, lo sé. ¿Quieren que la vamo a *casar*? —invita.

—¡Ya estuvo la gata en los quesos, parida y mansa! —responde otro con esa frase, fórmula consagrada de asentimiento.

Todos salen a proveerse de los adminículos indispensables en tales excursiones cinegéticas. Una pala, horquillas y garrotes. Ninguno toma caballo, aunque el grito de la lechuza es distante. La cacería nocturna, de comadreas, se hace a pie.

Al encaminarnos en la dirección que la lechuza nos marcara con sus chirridos, los gauchitos se empujan, visten con los cuchillos envainados, simulando encarnizados duelos, se persiguen, y las carcajadas varoniles y libres pueblan de sonoridad la noche.

—¡A ver si s'están quietos, cuzcos! ¡No ven que si meten bulla se va juir la comadreja!

Los aludidos ponen sordina a sus expansiones juveniles y abrazados se dicen picardías, conteniendo a duras penas el estallido de sus risas potentes.

Una lomita, un círculo desprovisto de pasto, pequeño desierto en medio de la lujuria vegetal circundante. Es el osario y basurero del campo; reúnen ahí las vizcachas cuanto cascote, hueso, palo y demás cosas y desperdicios hallan en sus correrías nocturnas. Varias bocas corresponden a otras tantas cuevas, madrigueras de los dañinos roedores, desesperación de chacareros y de gauchos. A unos les destruyen grandes extensiones de sembradíos, y a los otros, en un descuido, lastiman en las rodadas a jinete y caballo.

Para localizar la cueva de la lechuza, pues esta tiene por hábito aprovechar vizcacheras abandonadas y en ellas hacer sus nidos, se dan golpes sobre la boca de cada cueva. Un gruñido característico, *hui-iii-iii*, comprueba que está ocupada por su dueña legal, y aquella de cuyo interior no responde el gruñido es precisamente el sitio donde se ha metido la buscada alimaña.

—Aquí es —asegura uno, y hunde la pala en la tierra junto a la boca de la cuevilla.

Los perros avizoran tremantes la boca del antro. Suaves quejidos delatan su impaciencia; los rabos en movimiento y las orejas en tensión son lúgubres presagios para la pobre comadreja. Hay que echarlos para evitar que se metan en la cueva y destrocen a la bestezuela que a otro fin se destina.

El cavador clava con fuerza su pala, se escupe en las manos y ahonda rápidamente el pozo.

Algo cruza velozmente y dibuja una línea de sombra a ras del suelo. Un escalofrío recorre el cuerpo. Ese algo se eleva sobre nuestras cabezas y permanece en un punto batiendo las alas.

—Aquí es, nomás. ¿No ven la lechuza?

Mi perro, el Negro, no resiste y rompe la disciplina impuesta. De un brinco se mete en el pozo, cava velozmente, gruñe, se

queja, agranda el canal y desaparece. Suaves gemidos de inquietud, de irritante espera, lo acompañan partiendo de los agudos hocicos del Corbata y del Vigilante.

Pasan unos minutos. Un gruñido, y recula el Negro trayendo en sus fauces a la desesperada comadreja que inútilmente se debate. Un crujido, y los agudos colmillos le rompen el rosario vertebral.

Termina la cacería. El pardo Francisco recoge la presa y promete un fiambre succulento.

El regreso es bullicioso. Libres ya, los mocetones corren como potros, gambetean y relinchan de satisfacción. Sanos y fuertes, juegan como chiquillos en una exuberante exteriorización de vigor y de alegría de vivir.

La noche blanca, suave, hada y bruja, la noche montielera, me inunda de sutil melancolía.

¡Benditas noches las noches entrerrianas!

¡Noche callada, noche clara, noche santa! ¡Te siento y no puedo describirte, te amo y no puedo cantarte! ¡Te abrazo, te beso, mi dulce y bella noche entrerriana!